



La montaña mágica

Lucía Matusevich

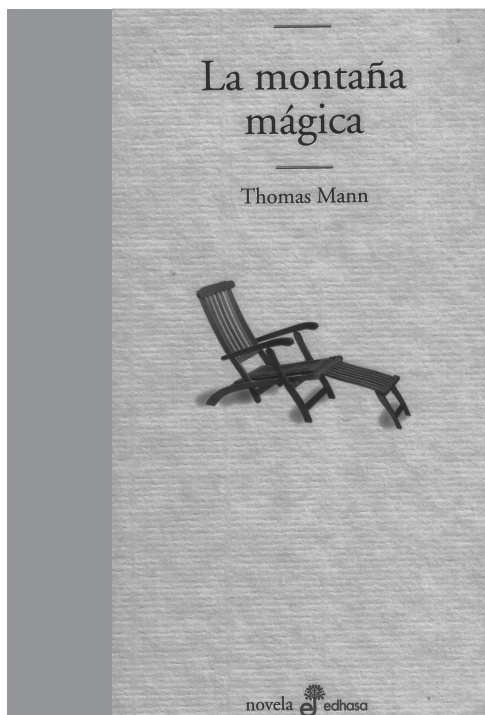
E-mail: luciamatusevich@gmail.com

En esta ocasión decidimos comentar una novela que, entre muchas otras posibles, nos permite analizar las diferentes representaciones de la enfermedad en Occidente y tener una mirada privilegiada sobre una de las narracio-

nes más importantes de la historia de la literatura; creemos que este texto complementa e interpela otras lecturas que presentamos en esta sección.

“Es preciso que las historias hayan pasado y podemos decir que, cuanto más han pasado, mejor responden a las exigencias de la historia y que esto es mucho más ventajoso para el narrador que evoca murmurando las cosas pretéritas. Pero, ocurre con ella como ocurre hoy con los hombres, y entre ellos no se hallan en último lugar los narradores de historias: es mucho más vieja que su edad, su antigüedad no puede medirse por días; ni el tiempo que pesa sobre ella, por revoluciones en torno del sol. En una palabra, no debe su grado de antigüedad al Tiempo, y con esta observación queremos aludir, a la vez, a la doble naturaleza problemática y singular de este elemento misterioso”. Así dice en el “Propósito” (que funciona, por qué no, como prólogo) de *La montaña mágica*.

Desde la publicación de dicha novela, en 1924, pasaron 91 años. Sin embargo, ésta no se perdió en el tiempo, por el contrario, pareciera rejuvenecer un poco cada vez que alguien la toma para leerla o releerla. Dicha afirmación permite formular otra certeza: se trata de un clásico universal. ¿Qué quiere decir esto? Que ha atravesado distintas generaciones en distintos tiempos a lo largo de muchos años, y los ha tocado de una forma u otra. *La montaña mágica*, escrita por Thomas Mann, es una de las novelas más atemporales de la historia de la literatura, sin dudas. Porque: “El tiempo es activo, produce. ¿Qué produce? Produce el cambio. El *ahora* no es el *entonces*, el *aquí* no es el *allá*, pues entre ambas cosas existe siempre el movimiento. Pero como el movimiento por el cual se



Autor: Thomas Mann
Editorial EDHASA, 2009

mede el tiempo es circular, se cierra sobre sí mismo, ese movimiento y ese cambio se podrían calificar perfectamente de reposo e inmovilidad. El *entonces* se repite sin cesar en el *ahora*, el allá se repite en el *aquí*".

¿Quién es, entonces, el mítico personaje que protagoniza dicha novela? ¿Por qué su historia interesa tanto y por qué merece ser contada? Años atrás, previo a la Gran Guerra, un simple estudiante de ingeniería naval, Hans Castorp, se embarcó en un viaje que le cambiaría la vida. Ascendió literalmente una montaña, en los Alpes Suizos, para llegar al Sanatorio Internacional Berghof, un lugar en donde los tuberculosos buscaban recuperarse y en donde estaba internado su primo, Joachim Ziemssen. Allí, Castorp conoció la filosofía y la amistad (en forma de personajes como Lodovico Settembrini y Leo Naphta), el amor (encarnado en Madame Chauchat), y por supuesto, la muerte, presente en todos lados. Como toda buena novela clásica, *La montaña mágica* se ocupa de tratar aquellas cuestiones mundanas, que acosan a los humanos desde el momento en el que pisan la tierra, hasta el instante en que deciden dejarla.

Un resfriado y una afección pulmonar le impiden a Castorp regresar a su hogar al momento que tenía previsto: él ahora debe adaptarse al modo de vida que propone el sanatorio (largos reposos en cómodas *chaise-longues*, comidas pautadas a determinados horarios, el tomarse la temperatura cada tanto tiempo, y otras cotidianidades del Berghof), y debe quedar internado por tiempo indefinido. Qué hermosa simetría ésta que atraviesa a toda la novela: Castorp, que fue para acompañar a su primo enfermo, termina como éste y gracias a dicho malestar es que conoce la vida. Un viaje que lo modificará. Tal vez la travesía de Castorp no sea épica en el sentido de que no pasan grandes cosas a nivel ballenas blancas y cíclopes. Pero eso no quiere decir que dicho protagonista no sea un héroe: aquel arquetipo de la literatura (y de distintas formas de arte, como el cine) que debe superar distintas pruebas que lo consagren como tal.

"¿Entonces no es usted de los nuestros? ¿Está usted sano, no está usted aquí más que de paso, como Ulises en el reino de las Sombras? ¿Qué audacia descender hasta estas profundidades en que habitan muertos irreales y privados de sentido!", le dice Settembrini a Castorp en su primer encuentro. Otra bella paradoja: Castorp asciende, no desciende, como suele ocurrir. No recurre al bajo. Y esta cita, no solo permite este análisis, sino que también muestra como los clásicos se vuelven tales gracias a la importancia que se les da a sus antepasados. Sin duda, *La montaña mágica* no sería tan maravillosa sin la existencia de *La Odisea*: la épica por excelencia.

La genialidad de la obra de Mann no está en su primera historia, eso es claro. Por lo que al servicio del lector, se encuentran dos personajes fundamentales para la comprensión del texto: Settembrini y Naphta. El primero es quien se transforma en una suerte de mentor de Castorp, y está desde el comienzo de la novela. El segundo aparece en el capítulo sexto recién, y su función es la de ser la antítesis de Settembrini. Los diálogos filosóficos entre estos dos ocupan gran parte de *La montaña mágica* y no por nada: su función sea la de un coro, una manera de

"avivar" al lector, pero aun así, éstos podrían formar un libro independiente de la historia de Castorp.

Settembrini es humanista y progresista. Por otro lado, Naphta posee un pensamiento nostálgico del orden medieval, en el cual mezcla elementos del anarquismo, el fascismo y el comunismo. No solo se disputan la atención de Hans Castorp, sino también la del lector, quien se encuentra un tanto incómodo: se ve obligado a tomar posición sobre cuestiones que tal vez nunca analizó o de las que nunca quiso tomar partido. Settembrini, en el sexto capítulo, dice: "El hombre no hace ninguna afirmación de carácter general sin traicionarse por entero, sin poner involuntariamente todo su Yo, sin representar, en cierto modo, por una parábola el tema fundamental y el problema esencial de su vida". Mann, con mucha destreza, unifica la literatura y la filosofía con el fin de sacar a sus lectores del confort de su *chaise-longue*.

Las discusiones entre Naphta y Settembrini son la humanidad en sí. Son cuestiones eternas que tal vez nunca tengan solución. Un Naphta insultado y molesto, cita y desafía a Settembrini a un duelo de pistolas, en donde uno tenía que dispararle al otro y en el que "él tenía el derecho de elegir el arma, pues según los preceptos del código de honor, él era el ofendido". Un paralelo con la Primera Guerra Mundial, que estaba por estallar. Es así como, de la forma más poética, heroica y caballeresca, ambos portadores del saber se enfrentaron: Settembrini hizo el primer tiro al aire; "Cobarde", gritó Naphta, haciendo con este grito una concesión al sentimiento humano de que es necesario más valor para disparar que para dejar que disparen. Naphta elevó su pistola de una manera que no tenía nada que ver con un combate y se disparó un tiro en la cabeza."

Clawdia Chauchat merece mención aparte. Se trata del único personaje femenino relevante y del amor de Hans Castorp. Entre idas y venidas, se genera una pasión platónica. Y él en su agonía se le declara en una noche de carnavales en donde todo está permitido, y los hombres dejan ver su lado más salvaje y carnal. Ella le acarició el cabello y él, exaltado, sucumbió: "La muerte, es por una parte, una cosa de mala fama, impúdica, que hace enrojecer de vergüenza; y por otra parte, es una potencia muy solemne y muy majestuosa, porque es la historia, y la nobleza y la piedad y lo eterno, y lo sagrado, que hace que nos quitemos el sombrero y marchemos sobre la punta de los pies. De la misma manera, el cuerpo, y también el amor del cuerpo, son un asunto indecente y desagradable, y el cuerpo enrojece y palidece en la superficie, por espanto y vergüenza de sí mismo".

¿Qué es *La montaña mágica* sino una forma de entender un poco mejor a la humanidad? El mundo no se divide entre los Naphta y los Settembrini, sino que se unifica en la figura de Hans Castorp. Un protagonista que se cuestiona todo lo que lo rodea, que se plantea qué es el amor, qué es el cuerpo, qué es la política, qué es el tiempo, qué es la muerte, y aunque no llegue dar siempre respuestas concretas, consigue que el lector se quede con las interrogantes en la cabeza. Gracias Thomas Mann. Él sí lo logró, nunca murió ni va a morir: vive en cada persona que se toma el trabajo de escalar la montaña ■